

ROMA, CANSADA

Sí: Roma está cansada. La energía gastada por los dirigentes de nuestra Iglesia, la mayoría de ellos de edad más que madura, los ha agotado.

La sensación de cansancio, demostrada en múltiples detalles, es grande. No sólo en las calles, sino en el aula conciliar, se nota la fatiga de sus asistentes, o de las personas en torno al Concilio.

Los obispos de todo el mundo allí reunidos recurren a todos los procedimientos para superar esta crisis de cansancio. Durante las sesiones conciliares, pasean, charlan, van al bar; e incluso el secretario del Concilio, monseñor Felici, hace lo que puede para hacer superar la monotonía de las sesiones. Por eso promedia —con inteligencia— explicaciones de los textos que se proponen a votación, con observaciones sobre el latín que en ellos se emplea, o con intervenciones de los Padres conciliares sobre materias muy distintas de las que van a decidirse en el momento.

Yo estuve tres días dentro del aula, asistiendo a las congregaciones del Concilio, y ésa fue la impresión que recogí. La misma, por otro lado, que había en la calle, en los centros de documentación teológica para el Concilio, en las conferencias y en la oficina conciliar de prensa.

No había más que asistir a algunas conferencias —de las múltiples que en Roma se pronuncian— para comprender que el escaso auditorio estaba en evidente desproporción con el tema tratado y con la fama e importancia del orador. Un célebre religioso, el padre Arturo McCormack, M. H. N., que habló de la explosión mundial de población que se prevé en un futuro próximo —uno de los más graves problemas de la Humanidad—, sólo tuvo unas pocas —muy pocas— decenas de asistentes.

Otro caso —al que yo asistí personalmente— fue el de la inauguración del curso del Instituto Superior de Enseñanza Religiosa para seglares, perteneciente a la célebre Universidad gregoriana, la más importante Universidad de estudios teológicos de la Iglesia católica. Presidían el cardenal Pizzardo, prefecto de la Congregación de Seminarios y Universidades, y el padre Arrupe, general de la Compañía de Jesús. El conferenciante era nada menos que el cardenal Beran, arzobispo de Praga, una de las figuras más prominentes del Concilio, tanto por su significación, como por su intervención reciente en el aula conciliar en pro de la libertad intelectual dentro de la Iglesia. ¿Cuántas personas asistían al acto? Un centenar, o poco más. Y, ¿quiénes eran? Unos pocos sacerdotes y religiosos, unos pocos jóvenes, y una mayor cantidad de personas maduras y algunas de ellas casi ancianas.

Y en la misma oficina de prensa del Concilio noté un menor interés en casi todos los asistentes; lo mismo que decía antes del aula conciliar. Me recordaba el aula a aquellos cuadros, que en el Vaticano se pueden contemplar, describiendo pictóricamente los primeros Concilios ecuménicos.

Y no quiero con esto hacer ninguna crítica —porque creo que sería injusta—, sino simplemente comprobar un hecho indubitable: el cansancio de una asamblea que ha sobrepasado el límite de sus fuerzas.

Por eso ninguna medida ha sido posiblemente más inteligente, por parte de Pablo VI, que la de terminar con esta sesión el Concilio Vaticano II.

Los católicos pensamos que la Iglesia tiene la ayuda del Espíritu Santo, no para acertar en todo cuanto diga, sino para evitar el error. Una decisión solemne de un Concilio, o del Papa, queda garantizada en el sentido de que sorteará el error; que no podrá estar equivocada.

Y, en este momento, podríamos llegar a decisiones o declaraciones que tuvieran muy poca utilidad, o quedasen por las ramas, sin tocar ni orientar los verdaderos problemas del hombre de hoy (lo mismo clérigo que seglar).



Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

La prueba de esto se puede ver a través de las críticas que se han hecho a algunos de los documentos presentados en esta última sesión. Las relativas a los esquemas sobre «Sacerdotes», al de «La educación» o al de «Las misiones», críticas éstas provenientes de fuentes católicas sobre todo. Y las críticas al esquema de «Iglesia en el mundo» o de «Libertad religiosa», procedentes de cristianos no católicos sobre todo.

Las decisiones están ya tomadas; porque prácticamente todos los esquemas se encuentran terminados, muy mejorados respecto a sus anteriores redacciones y virtualmente aprobados; aunque no se presenten aún a definitiva aprobación hasta las últimas congregaciones generales de los días 7 y 8 de diciembre. Pero tanto ortodoxos como protestantes han hecho esta crítica, que viene sobre todo de fuera y que nos hará profundizar más y más en el sentido humano y cristiano que debe buscarse a través de las esquemáticas líneas de las declaraciones y decisiones conciliares.

Algunos piensan que en Roma se pierde la fe: «Roma veduta, fede perduta», dice el conocido adagio.

Pero no se pierde la fe cristiana, la fe en el hombre que Cristo quiere redimir de toda esclavitud, sino la fe falsa en unas estructuras humanas, contingentes y defectuosas en buena parte, que todos queremos que en ese aspecto se superen, «para hermoear y rejuvenecer el rostro de la Iglesia» (Pablo VI).

Pablo VI quiere la reforma de la Iglesia, sobre todo la reforma de la curia romana. Su discurso de hace meses, dedicado a anunciar este cambio trascendental para el futuro del catolicismo, es quizá lo más fuerte y radical que salió de sus labios. La encíclica «Ecclesiam suam» fue en la misma línea de sabia renovación, pues en ella el Papa afirmó su «propósito de favorecer esta reforma». Porque, como dijeron los antiguos pensadores cristianos, la Iglesia siempre necesita de ella: «Ecclesia semper reformanda». La razón es obvia: el catolicismo —a diferencia del protestantismo— admite mucho más optimistamente las cosas de los hombres, para servir de vehículo de sus enseñanzas, ritos y vivencias religiosas; y de ahí que más fácilmente recoja alguna escoria a través de los tiempos, escoria que tiene siempre que estar limpiando. Y eso es lo que el Concilio intenta con suficiente acierto, y lo que los cristianos tenemos que seguir intentando. «La Iglesia desarrolla su vida; y no puede permanecer inmóvil e indiferente a los cambios del mundo que la rodea» (Pablo VI). Y la Iglesia no sólo son los obispos, sino «la reunión de los creyentes» (Const. de Ecclesia).

Por eso es preciso que los cristianos no caigamos nuevamente en el inmovilismo de otros tiempos, descansando cómodamente en lo adquirido, sin pensar en la renovación que necesariamente habrá que volver a hacer pasados unos años.

El Vaticano II es un punto de partida nada más, pero el paso adelante tenemos que darlo nosotros. Los obispos han hecho el esfuerzo que el pueblo cristiano —consciente o inconscientemente— anhela. Ahí lo tenemos en nuestras manos, para hacer de él una gran cosa o —terrible opción— convertirlo en un episodio sin historia.

Los tiempos en que todo se esperaba de arriba han cambiado, la Iglesia somos todos —jerarcas y fieles—. Los dirigentes de la Iglesia, movidos y espolcados por teólogos y escritores, por creyentes e incrédulos, han desbrozado un camino, que nosotros los católicos tenemos que recorrer.

El futuro está en nuestras manos. O un porvenir de testimonio y ejemplo de desprendimiento de nuestros egoísmos y de lujos innecesarios, de interés por los problemas de los hombres de nuestros días, o bien una perspectiva de catacumbas, donde unos pocos, nada comprensivos, pierden cada día más influencia en el mundo con su intransigente postura.

Roma, noviembre 1965